

LA SEMANA.

LECTURA DE LAS FAMILIAS.

NUEVA PUBLICACION EN ESPAÑA. — UNA ENTREGA CADA DOMINGO.

ENTREGA 6ª.

Es propiedad.

SE SUSCRIBE EN BARCELONA

En la librería de J. VERDAGUER, Rambla frente al Liceo. — SALA hermanos, calle de la Union. — SUBIRANA, plaza de la Constitución. — OLIVERES, calle Ancha y Fus-
teria. — MANERO, frente al teatro Principal, nº 7. — GINESTA, calle de D. Jaime I. —
CERDÁ, plaza del Angel. — GARCIA, calle de la fuente de San Miguel.

Toda la correspondencia se dirigirá franca, á los Señores FONT y BLANCH, en la Librería
de Joaquín Verdaguier, Rambla, n.º 5, Barcelona.

PRECIO.

En BARCELONA, por 4 entregas
llevadas á domicilio 2 rs.
En las Provincias, por id. 3 rs.
Cada Entrega suelta 6 cuartos.



Oíase á lo lejos el ruido de un torrente desbordado. (Pág. 42, col. 3ª.)

SUMARIO.

NOVELAS: Las Lavanderas, por la Señorita GABRIELA DE POLIGNY. — El Castillo de las Tres Torres, por M. MERY. — VIAJES: Diario de una Institutora en Rusia, por la Señorita MARIA NEVILLE.

LAS LAVANDERAS.

POR LA SEÑORITA GABRIELA DE POLIGNY.

La festividad del Corpus se celebra con extraordinaria pompa en las mas reducidas poblaciones de la Francia central, pero para la de Southeraine es un dia en que se despliega mucho fausto y que atrae gran número de forasteros. Al amanecer empiezan á llegar los párrocos de los pueblos comarcanos con las banderas desplegadas y al son del tamboril ó de la gaita, llevando en pos de sí á todos sus feligreses en masa.

En el centro de las principales calles y plazas se disponen, con muchos dias de anticipacion, lujosos altares y capillas, para la solemne procesion que suele cele-

brarse, y todos los vecinos contribuyen al ornato y á la profusion de galas que se ven en ellos. Las jóvenes de la ciudad se reunen en sus respectivos barrios muchos dias antes para dedicarse á las labores que destinan á aquel objeto; por todas partes se buscan operarios para colocar los pilares en que se sustentan las aras, allanar el piso de la calle y construir las mesas de los altares. Los jóvenes se dirijen con carritos al antiguo solar de la ciudad de Breda, para cortar los bojes que errecen entre las ruinas de aquella poblacion oscura, pero cuyo origen asciende á los tiempos fabulosos y que, segun se cree, fué destruida en tiempo de la conquista de las Galias por César. Estos bojes, llamados vulgarmente *hossanneros*, porque tambien el domingo de Ramos sirven para la bendicion del *Hossanna*, están destinados el dia de Corpus á cubrir las columnas de madera que forman los ángulos de los altares, haciéndose tambien con ellos mil guirnalda y ramitos que se cruzan encima de los mismos altares, y sostienen coronas de flores. No falta en cada barrio un artista que traza la planta de los altares, y el buen gusto que se revela en algunos llama notablemente la atencion de todos los que asisten á la fiesta.

Sucede con las flores lo mismo que con todo lo demás: mucho tiempo antes se reservan para la solemne festividad todas las que hay en los jardines, y con ellas se tejen mil caprichosos ramilletes, guirnalda y coronas. Los muchachos salen á recorrer las colinas de las inmediaciones en que abunda la retama, cuyas doradas flores buscan con afan; y formando con ellos enormes gavillas, las llevan á la ciudad para embellecer los frontispicios de los altares y para llenar, juntamente con hojas de rosa, los lindos canastillos de los *floristas*. Estos, que generalmente son jóvenes de diez á quince años, vestidos con un blanco ropage talar y una muceta encarnada y engalanados con cintas, preceden á los sacerdotes, y á cada toque de campanilla, cuando se detiene el santísimo Sacramento y se dan las bendiciones, se vuelven todos á la vez, para arrojar á manos llenas, á la destumbrante imagen del sol, las flores que llevan en sus canastillos. Junto á ellos suelen ir los acójitos, que con sus incensarios de plata esparcen á lo lejos el aromático perfume del incienso.

Las principales señoras de la ciudad tienen á mucha honra aquel dia el hacer brillar en los altares improvisados sus mas ricas joyas, sus diamantes, sus braza-

letes, sus collares de perlas, sus encajes, sus ceñidores de seda, sus chales, sus candelabros de plata y los cuadros religiosos con marcos dorados que figuran en sus salones. En algunos de dichos altares está representada alguna escena de la Sagrada Escritura ó de la pasión de Jesucristo: aquí se vé el sacrificio de Abraham, allá Ruth y Booz, mas lejos los doce apóstoles, San Juan con su cordero ó la Magdalena penitente arrodillada delante de una calavera y cubierta con su larga cabellera negra. Al salir la procesion se echan á vuelo todas las campanas de la ciudad que no cesan de repiquear en las cuatro ó cinco horas que suele durar la procesion.

La festividad de Corpus es en fin una festividad muy solemne en la Souterraine. Todos los balcones de las calles donde pasa la procesion están colgados de blanco: los ricos sacan á plaza sus damascos, y las familias que están de luto guarnecen los frentes de sus casas con ramas de encina ó de ciprés.

Trasladémonos ahora á una casita de pobre apariencia del barrio de San Miguel, situada cerca de la antigua capilla de este nombre, cuyos escombros existian aun hace cuarenta años. En ella habita un tejedor algo entrado en años con sus dos hijas, jóvenes ambas, como que apenas cuentan diez y siete años. Albina y Blondina son gemelas, y como su madre murió al darlas á luz, deben su educacion á la caridad ó indigencia, porque su padre Cristóbal, apesar de su honradez, no habia podido nunca ahorrar el menor peculio para educar dignamente á sus lindas hijas. Trabajador poco asiduo, apenas concluía una pieza y cobraba su salario, iba inmediatamente á gastarlo para retirarse sin blanca al hogar doméstico. Crecian entretanto las dos jóvenes, y, desde su mas tierna juventud, iban á lavar al poco caudaloso rio del Sedelle la ropa blanca de las familias del barrio de San Miguel. Cada dia, cualquiera que fuese el estado de la atmósfera, las dos hermanas trabajaban en el lavadero, y así es que se las conocia generalmente con el nombre de *las Lavanderas*. Apesar de sus andrajos, eran dos encantadoras jovencitas, de blanca tez y de rubia cabellera, como si se les hubiesen impuesto adrede los nombres de *Albina* y *Blondina*. Habíales enseñado un poco de leer el maestro de escuela de San Miguel; el cura de la parroquia les enseñó el catecismo á fin de prepararlas para la primera comunión, y, cuando debieron recibir la sagrada hostia, hizose en el barrio una colecta para comprarles vestidos de indiana, porque las pobres niñas jamás habian llevado un vestido nuevo: las personas para quienes lavaban la colada tenian la costumbre de darles los vestidos viejos de sus hijas.

Aquel dia era la víspera del Corpus, y las dos jóvenes lavanderas estaban solas en el umbral de la puerta. Su padre habia ido á llevar una pieza de tela que habia concluido aquel mismo dia, y las pobres niñas miraban tristemente los preparativos de los vecinos, que ataban cuerdas en los frentes de sus casas para poner las blancas colgadas en obsequio de la procesion del siguiente dia. Las pobres jovencitas estaban muy tristes; por sus frescas y rosadas mejillas se deslizaban algunas lágrimas que lo declaraban bien manifestamente.

Sin embargo Blondina, menos afligida que su hermana, le dijo:

—¿A qué viene pues, Albina, atormentarte de este modo? Escucha: he concebido un proyecto....

—¿Tienes un proyecto? Veamos, repuso Albina.

—Bien conozco, hermana mia, que sufres tanto como yo al pensar que no tendremos colgadas blancas que poner en el frente de nuestra pobre casa cuando pasará por la calle el santísimo Sacramento....

—Verdad es, Blondina, en esto pienso y me da vergüenza.

—Pues bien, he aquí mi proyecto: nos levantamos á las dos de la madrugada, corremos al Sedelle á lavar las dos malas sábanas de nuestra cama y hétenos ahí con colgadas!

—Oh! y yo que no habia pensado en semejante cosa! Ven, Blondina, déjame que te abrace!

Y las dos hermanas se abrazaron con efusion, besándose en sus rosados labios.

—Pero si alguien viene, Blondina, nadie nos per-

donará por haber ido al lavadero un dia de tan solemne festividad como el de mañana; el cura nos maldecirá al hacer la plática, y seremos condenadas.

—Es que no nos verán, hermana mia, harémos un rodeo, pasaremos por medio de los dos cementerios, en frente de Mousse-Gagnet, y tú conoces que el bueno del hombre que guarda la puerta no irá á decirlo, puesto que es de piedra.

En consecuencia las dos hermanas acordaron levantarse antes de amanecer para ir á lavar sus sábanas. La dificultad estaba tan solo en despertarse bastante temprano, pues las jóvenes tenian que aguardar á su padre, el cual no acostumbraba recogerse antes de las doce de la noche los dias que concluía su pieza de tela y que cobraba el importe de su trabajo.

Apesar de su costumbre, Cristóbal volvió á su casa cerca de las nueve; habíase abstenido de gastar su salario y lo conservaba aun íntegro. Mostróse sumamente cariñoso con sus hijas, lo que rara vez habia hecho, las abrazó á las dos y les entregó todo el dinero que acababa de recibir, diciéndoles:

—He jurado no volver á la taberna á beber; desde ahora todo el dinero que gane será para vosotras, y dispondréis de él para los gastos de la casa... Ya sois grandes y algo razonables... Hasta aquí he vivido en la disipacion que engendra la desgracia... pero no me sucederá mas!

—Gracias, buen padre, contestaron las niñas; esta noche estás muy complaciente, y aun te quedaremos mas agradecidas si nos prometes despertarnos á la una de la madrugada....

—¿Cáspita!... hay aquí algun misterio?...

—Mañana lo sabrás, repuso Blondina; pero nos lo prometes?

—Mucho que sí, hijas mías.

Las jóvenes, contentas con la promesa de su padre, subieron á acostarse á su pobre bohordilla.

Blondina dormió con el sueño de los ángeles; Albina, por lo contrario, tuvo un sueño muy agitado y estuvo atormentada por una espantosa pesadilla.... figurábase que abandonaba la tierra, que el sepulturero habia llevado una caja mortuoria junto á su cama; que la sepultaban con las mismas sábanas en que estaban durmiendo y con que se habian propuesto obsequiar al Santísimo Sacramento á su paso por el barrio de San Miguel... oía al sepulturero que cerraba el ataúd y á su padre arrodillado golpeándolo con su frente... La infeliz muchacha tenia ya el presentimiento de su próximo fin.

Para las almas vulgares los ensueños se reducen á meras ilusiones y aberraciones del pensamiento, mas para ciertas naturalezas privilegiadas hay una correspondencia directa entre los ensueños y las acciones de la vida. La pesadilla de Albina la atormentaba de tal modo que arrojó un grito estridente que despertó á la hermana. Sabido es que en esta época del año, es decir, hácia el solsticio de verano, las noches son cortas; cuando el tiempo está sereno, cuando brillan los astros del firmamento y la luna esperece sobre la tierra sus plateados rayos, parece que está próxima á rayar el alba. Aun no era la una de la madrugada, cuando Blondina despertó sobresaltada al grito de su hermana, y la llamó á su vez diciéndole:

—No has oído?... nuestro padre acaba de llamarnos; ya amanece! vistámonos aprisa, y marchemos!

Y las dos jóvenes se vistieron á toda prisa, tomaron una sábana cada una debajo del brazo, y bajaron sin ruido la escalera de su bohordilla, sin interrumpir el sueño de su padre. Cuando estuvieron en la calle, Albina dijo á su hermana:

—¿Ya estás segura de no haberte equivocado? Aun falta mucho para que ananezca....

—Tanto mejor, Albina: así habremos lavado nuestras sábanas, y estaremos de vuelta en casa sin que nadie lo eche de ver!...

En vez de atravesar la ciudad, como habian acordado el dia anterior, pasaron por medio de los dos cementerios y se arrodillaron un instante para rezar la oracion matutina, en frente de la piedra de Mousse-Gagnet.

La ciudad entera continuaba sumida en un profundo

sueño... Los ruidos no hacian oír ya las suaves melodias de la primavera. El dia anterior habia sido borascoso: pero despues de un chubasco bastante fuerte y una estrepitosa tronada, la atmósfera se habia despejado por la tarde, para anunciar un magnífico dia de Corpus.

Las dos hermanas siguieron, á la izquierda, por el antiguo cementerio y fueron á bajar á las rocas del Sedelle por un ribazo llamado *Poco de Sedelle*. Al observar las oscilaciones de una llama blanca y azulada que les pareció ver en el prado de Gachet pensaron en los fuegos fatuos que se exhalan de los pantanos en las noches de borrasca, y sobrecogidas de miedo se acercaron mas la una á la otra é hicieron la señal de la cruz. Sin embargo lejos de arredrarse salvaron las primeras rocas y subieron hasta los grandes peñascos que dividen el rio en dos brazos, de los cuales el uno va á regar la verde pradera, y el otro sigue su curso ordinario. Creyeron que nadie podría verlas detras de aquellos peñascos y pusieron manos á la obra. No se habian olvidado de tomar sus palas y un pedazo de jabon para enjabonar sus sábanas, mas apenas se hubieron arrodillado en las piedras del lavadero y dado algunos golpes con la pala, el agua del rio, comunmente tan clara, se enturbió y fué creciendo súbitamente hasta las piedras en que las infelices estaban arrodilladas. Levantáronse inmediatamente quedando muy sorprendidas de una crecida tan súbita del rio; oíase á lo lejos el ruido de un torrente desbordado, y las jóvenes subieron á uno de los mas altos peñascos para ver de donde procedia aquel ruido.

—Dios mio! dijo Albina, vamos á ahogarnos; Dios nos castiga sin duda por haber venido á lavar en un dia como el de hoy.... Hermana mia! hermana mia! cuán culpables somos!

—¿Qué asustadiza eres, Albina! ¿Porqué habia de castigarnos el Señor, habiendo venido nosotras cabalmente con la intencion de honrar su fiesta? Sin duda habrá llovido mucho por la parte de Saint-Priest, en las fuentes del Sedelle, y todo lo que tenemos que temer se reduce á mojarnos los pies, como ya empezamos á hacerlo....

—Arrodilémonos en la roca y oremos, Blondina; oigo un horrible estrépito que se va acercando! Las dos pobres niñas se postraron de rodillas sobre la dura roca; el torrente se desprendia mas embravecido aun; en menos de un minuto vieron el prado de Gachet inundado por el rio que continuaba subiendo sin detenerse... Despues arrojaron algunos gritos desesperados, y sus cuerpos fueron arrastrados por el turbion, cuyas irresistibles oleadas habian ya llegado á donde estaban las lavanderas....

En medio del silencio de la noche, el ruido de las palas, el desborde del torrente y las supremas exclamaciones de las dos jóvenes solo habian sido oídas por una hermana de la Caridad, que velaba junto á una moribunda. Al oír aquel inusitado ruido habia abierto la ventana, y abarcando de una ojeada el lamentable espectáculo que ofrecian el prado y los jardines del hospital completamente inundados, despertó sin tardanza á las demás hermanas de caridad y á los dependientes del hospital, los cuales subieron al pequeño campanario del hospicio y tocaron á rebato para poner en alarma á los vecinos.

Al cabo de poco rato habíanse levantado azorados todos los habitantes del barrio de Lavaud, que á la voz de inundacion corrieron al camino de Gueret. El puente del Sedelle ya no existia: habiasido arrastrado por el rio, y en su lugar se veian enormes montones de heno mojado que obstruian el paso á las aguas. Varias personas habian llegado hasta las piedras del Sedelle, en donde se habian oído algunos gritos... mas nada hallaron al llegar allí, si se exceptuan dos palas de lavar, cubiertas de lodo, que habian quedado entre las piedras del lavadero....

No tardó en aparecer un sol radiante que hizo patentes los estragos de la inundacion; sin embargo las aguas ya se habian retirado. Súpose por la mañana que se habia roto el dique del torrente de Malouze durante la noche, y que sus aguas arrastraron consigo enormes gavi-

llas de heno, que habían causado sin duda el hundimiento del puente de Lavaud.

La festividad del Corpus se presentaba, pues, muy triste ya desde la mañana para los moradores de la ciudad de Southeraine, que no sin razón temían que hubiese acontecido alguna grave desgracia.

Cristóbal había dormido hasta el amanecer, y como sus hijas no respondiesen á las voces que dió llamándolas subió á su reducido cuarto. Sobresaltóse al hallarle desierto, pero luego echó de ver que las sábanas no estaban en la cama, y al momento le ocurrió la idea de que sus hijas habían ido á lavarlas al Sedelle, con lo cual se tranquilizó. Esta tranquilidad fué de corta duración: cuando, al salir de su casa para contribuir á la confección de su altar respectivo, supo la inundación del río y los desastres que le habían acompañado, pareció volverse loco... rechinábale los dientes; erizábansele los cabellos... habían dado ya las seis, y sus hijas no parecían. Desgraciado padre! acudió apresuradamente á las piedras del Sedelle, pero allí le mostraron las dos palas que reconoció en el acto...

— ¡Hijas mías! ¡Hijas mías! exclamó, en dónde están? quiero mis hijas!

Y dominado por esta idea, el pobre anciano echó á correr siguiendo las orillas del río hasta el molino de Gaulier. Viósele allí á las doce con la cabeza apoyada entre sus dos manos, en ademan meditabundo é insensible como una estatua... Por la tarde también le halló un campesino á dos leguas de la Southeraine, siguiendo siempre el curso del Sedelle. Mas ¿cuál fué su destino? nadie lo sabe, porque desde entonces jamás se volvió á oír hablar de él.

La procesion tuvo lugar, como de costumbre, con una inmensa afluencia de fieles, pero en todos los semblantes se veía pintada la mayor consternación. Los vecinos de Cristóbal habían guarnecido con ramas de ciprés el frente de su casa: todos querían á las pobres lavanderas, y todos sintieron por consiguiente su muerte desgraciada.

Sus cadáveres fueron hallados ocho días después en el estanque del molino de Gaulier, envueltos en las sábanas como en dos paños mortuorios. No pocas personas lo juzgaron como un doble suicidio, y hasta el cura de la parroquia se negó á rezar por ellas las preces de los difuntos: mas los habitantes del barrio de San Miguel cavaron una sepultura al pie de un corpulento álamo del cementerio de Mousse-Gagnet, é hicieron celebrar un oficio fúnebre en memoria suya, algunos días después, en la iglesia de San Miguel.

Posteriormente cada año el día de Corpus á la una de la madrugada se oía desde el Poro de Sedelle, ó desde el puente Lavaud, el ruido de las palas de las dos lavanderas en las piedras del lavadero. Este ruido parecía procedente del puente de Hosannet para el que se acercaba á las piedras, mas al llegar al puente de Hosannet parecía procedente del estanque de Gaulier.

La tradición ha perpetuado hasta nuestros días esta leyenda, y yo he visto no pocas jóvenes levantarse antes de amanecer, el día de Corpus, para ir á escuchar el ruido de las palas de Blondina y Albina. El pueblo en su antiguo lenguaje de la Marca las llamaba las jóvenes ahogadas. También yo he ido algunas veces á meditar bajo el grande álamo del cementerio: al ponerse el sol veía dos blancas palomas que iban á posarse sobre el álamo.

Todo ha cambiado en la actualidad: el antiguo cementerio ya no existe, y el solar que ocupaba ha quedado convertido en un campo de feria: el arado y la azada al remover los huesos de nuestros padres los han confundido sin respeto en una zanja.

EL CASTILLO DE LAS TRES TORRES.

POR M. NÉRY.

III.

La violenta impresion que causó á de Jonsac aquel terrible incidente le había dejado muchas horas privado de sensibilidad y de reflexión. Al

volver en sí, hizo no pocos esfuerzos para coordinar sus ideas confusas y tomar una resolución definitiva que le sacase de la difícil situación en que se hallaba. La lealtad le imponía la obligación de ir á casa del prefecto de policía, para denunciar al asesino, y en manera alguna podía transigir con su obligación; mas su amor y la inocencia de Luisa le imponían deberes muy distintos, aunque no menos sagrados. La indecisión iba degenerando en delito; la delación castigaba el crimen, es cierto, pero mataba al mismo tiempo á una joven inocente.

Sin embargo era preciso tomar un partido, y he aquí que de repente se le ocurrió un término medio, que concluyó por adoptar, no como tabla de salvación, sino como un pretexto para suspender la determinación definitiva.

Dió fácilmente á entender á su madre que le era indispensable hacer un corto viaje de recreo, y, después de haber terminado algunos preparativos, se puso en marcha para el castillo de las Tres Torres.

A favor de una borrascosa noche de primavera penetró en una arboleda muy conocida y no tardó en oír los murmullos de voces y de risotadas que tanto habían llamado su atención la primera noche: los dos anfitriones estaban aun cenando en la cabaña. Carlos fué á ocupar su puesto, y vió de nuevo lo que ya había visto, aunque con una diferencia, pues le pareció conocer, en los gestos del fingido guarda Antonio y en la alegría del castellano, que el primero refería su hazaña de la barrera del Monte-Parnaso. Poco faltó para que la indignación del joven estallase inmediatamente, pero la prudencia contuvo el brazo y la voz del vengador.

Carlos había fijado su plan en París, y se decidió á seguirlo con toda calma y reflexión. Al cabo de algunas horas de impaciencia, de Jonsac, viendo que el castellano se levantaba, bebía el último trago y daba un apretón de mano á Antonio para salir de la cabaña, no perdió ninguno de sus movimientos y fué á ocultarse detrás de la pared opuesta, empujando las pistolas amartilladas con el dedo en el gatillo.

La poterna del castillo giró sobre sus mohosos goznes, lo cual parecía anunciar el regreso del dueño. Entonces Carlos salió de su escondrijo y dió dos ligeros golpes á la puerta de la choza, murmurando algunas palabras confusas, como para dar á entender que M. Karlavan volvía allí para reparar algun olvido. No concibiendo Antonio la menor sospecha, abrió la puerta talareando una canción báquica, mas retrocedió algunos pasos aterrado al ver un joven pálido, armado con dos pistolas y dispuesto á hacer fuego.

Carlos volvió á cerrar la puerta con el pie, y le dijo con tono tranquilo y amenazador:

— Si das un grito y no contestas categórica y sinceramente á mis preguntas, te mato como á un perro rabioso. Antonio se dejó caer en una silla de brazos y le indicó que estaba pronto á obedecer.

— Escucha, pues, prosiguió el joven; en este momento yo soy aquí tu tribunal, tu juez, tu ejecutor... Tú eres el asesino y el ladrón del baluarte del Monte-Parnaso... Confíesalo, pues, miserable... yo te he visto! Dios me había enviado allí para verte y tú creías estar solo! Jamás lo está el criminal, porque todo lo vé el sol, que es el ojo de Dios!

Antonio cayó de rodillas, juntó sus manos en ademan suplicante y pronunció entre sollozos algunas sílabas que parecían solicitar el perdón.

— Pero eres tú, miserable, quien lo ha hecho? dijo de Jonsac asestando sus armas al pecho de Antonio.

— Sí, dijo el asesino mas muerto que vivo, sí, aunque no soy yo el mas criminal...

— Silencio, repuso Carlos, ¿donde has ocultado tu robo?

— Aquí nada tengo, contestó Antonio temblando, el castellano lo entierra todo en sus sótanos.

— ¿A cuanto asciende la suma robada en la casa?

— A ciento veinte y ocho mil francos, no os engaño, ni un ochavo mas.

— A lo que parece, ¿este no habrá sido tu primer ensayo? Vámonos, confíesalo todo... ¿Cuánto tiempo hace que estás en relaciones con M. Karlavan?

— Unos doce años.

— Y ¿qué has hecho durante estos doce años?... habla... no me irrites... mis dedos tiemblan en los fiadores de mis armas, y la muerte puede salir sin mi voluntad!

— Caballero, podeis creerme, dijo Antonio con tono suplicante, os juro que esta es la primera vez que el robo ha ido acompañado del asesinato... y no he dejado de sentirlo mucho... La fortuna de M. Karlavan fecha de una noche de baile, en casa de M. Urbano Dahoy, banquero en... Nosotros estábamos convidados á él; ambos conocíamos perfectamente la casa y nos llevamos quinientos cuarenta mil francos en billetes de banco, oro y pedrería. Por desgracia jamás pudieron descubrirse los autores de aquel robo; y digo por desgracia, porque si nos hubiesen cogido entonces, hoy no sería yo tan culpable.

Y Antonio echó á llorar, como un criminal acochado por los remordimientos.

— No quiero saber las demás fechorías que habeis cometido; pero si quiero que me digas exactamente la suma á que asciende vuestra fortuna, porque supongo que la compartis como buenos amigos.

Antonio meditó un rato y dijo:

— Tenemos aproximadamente en las bodegas del castillo ochocientos sesenta mil francos en metálico. M. Karlavan es muy delicado conmigo, y no se atrevería á defraudarme un solo escudo.

Una triste sonrisa contrajo los labios de Carlos de Jonsac, á estas últimas palabras.

— Ahora, dijo al guarda, levántate, y si quieres prolongar tu vida procura obedecerme en todo... Pasa delante y guíame al castillo; debes tener alguna señal convenida para hacerte conocer á todas horas en casa de tu amigo, con quien quiero hablar al momento.

Antonio titubeó de pronto, pero una terrible mirada y un movimiento de las pistolas le determinaron á obedecer.

Carlos de Jonsac andaba con precaucion y haciéndose ocultar siempre por algun árbol de la alameda, á medida que se iba acercando al castillo. Cuando hubieron llegado al glacis, Antonio hizo oír tres prolongados silbidos, y poco después se abrió una ventana, y se oyó una voz prudente que dijo:

— ¿Eres tú, Antonio?

— Sí, respondió este en voz baja; bajad á abrirme, pero sin luz.

Volvióse á cerrar la ventana. En el interior no se veía brillar ni una luz. Antonio y Carlos estaban ocultos bajo la arcada de la puerta principal, y oyeron aproximarse ruido de pasos en la escalera cuyo eco los repetía.

En el momento en que la llave daba la vuelta al cerrojo, Antonio, ligero como un gamo de los Alpes, dió un salto prodigioso y desapareció en las tinieblas. Carlos de Jonsac apoyó otra vez su dedo en el gatillo de las pistolas, y la puerta se abrió.

Antonio había calculado su momento con mucha exactitud. M. Honorato Karlavan después de haber abierto se volvió hacia dentro, creyendo que seguía Antonio, y entró en el cuarto bajo diciendo:

— ¿A lo que parece habrás olvidado algo de interesante?

— Sí, dijo Carlos, cerrando otra vez la puerta del castillo.

— Vámonos á ver, ¿de que se trata? dijo el castellano en medio de la mas profunda oscuridad.

— Una mala noticia, contestó Carlos en voz baja para imitar mejor el acento del falso guarda.

— ¡Imbécil! ¿pues como me decías ahora mismo que habías terminado el asunto perfectamente?

— Te engañaba, ó por mejor decir, me engañaba.

— ¿Cómo! un hombre con quien te hallabas



Si das un grito, te mato. (Pág. 43, col. 2ª.)

solo en el fondo de un jardín... tú tan diestro!... pero, ¿quien ha venido á darte tal noticia á esta hora?

— Un amigo.

— ¡Cáspita! entonces hemos de tomar algunas precauciones, dijo el castellano; por fortuna nada hay comprometido de una manera seria. Un indicio no es una señal infalible: mil personas pueden parecerse á tí en la nariz, en los ojos, ó en la boca, y las sospechas jamás alcanzarían á los alrededores de este castillo, en donde mi buena reputación está protegida por el recaudador, el juez de paz y otras notabilidades del país. Yo desafío á los mas astutos; sin embargo no descuidemos la mas mínima precaución.

— Hablemos y reflexionemos, dijo Carlos, pero hace una noche tan fria...

— Podemos encender lumbre, repuso Honorato Karlavan, y muy buena lumbre; nadie es testigo de nuestra prodigalidad.

— Justo es, dijo de Jonsac.

El castellano buscó el estabon y la yesca en la campana de la chimenea feudal y alumbró el cuarto... mas habiéndose vuelto del lado de Antonio sintió que le flaqueaban las piernas, y en sus labios se ahogó un grito de terror al reconocer en el armado joven á Carlos de Jonsac.

No hay pincel que pudiera reproducir la expresión que se leía en el rostro del castellano en aquel momento formidable. Ocultando la cabeza con las manos, como si hubiese querido despertarse, porque lo que estaba viendo no pertenece al mundo real, se le figuraba estar sufriendo todos los horrores de un ensueño funesto.

— ¡Soy yo! dijo con frialdad y calma el noble joven... soy yo que vengo para entregaros á la justicia humana; vos mismo acabais de confesar vuestro crimen. Cualquier otro testimonio seria inútil y superfluo... No hagais un solo movimiento... no os movais, oidme hasta el fin... La enorme y criminal fortuna que habeis acumulado en vuestros subterráneos será devuelta á quien pertenece de derecho. En cuanto á vuestra cabeza, el verdugo la está aguardando.

Honorato Karlavan era uno de aquellos hombres

de un temple especial, á quienes puede conmover muy bien una espantosa aparición nocturna, pero que recobran al momento toda la energía de su constitución y cesan de estar conmovidos cuando aun existe el motivo de su emoción.

Sentóse, pues, tranquilamente, cruzó los brazos, y tomando el tono de la conversación ordinaria dijo:

— Señor de Jonsac, no os temo; vuestras armas no me asustan, aunque esté desarmado. Un caballero no mata á un indefenso...

— ¡Oh! caballero, repuso Carlos, si me hubiese presentado aquí sin armas, de seguro que me hubierais asesinado. No os agradezco pues, en nada absolutamente, la acogida forzosamente pacífica que me dispensais; mientras vos no me ataqueis podeis estar seguro de que no haré uso de mis armas... Vuestra vida pertenece al verdugo, y no seré yo quien pretenda arrebatarle esta horrible propiedad.

— Insultos y mas insultos, replicó el castellano encogiéndose de hombros; tal vez, señor vizconde, creéis que me equivoco acerca de vuestras verdaderas intenciones... Rechazado por mi silencio, venís á mano armada á pedirme mi hija ó mi vida; estais desempeñando un oficio del bosque de Bondy, muy poco honroso en verdad para un noble.

Estas palabras pronunciadas con la mas punzante ironía detuvieron la respuesta que estaba ya en los labios del noble Carlos. Honorato Karlavan echó de ver el efecto que habian producido, y prosiguió en el mismo tono:

— Estais hablando de tribunal y de cadalso, caballero, pues bien pronto estoy á daros gusto. Id, id á denunciarme calumniosamente... no me interrumpais!... si calumniosamente, puesto que no tenéis prueba alguna... yo sabré presentar mis descargos y aterraros. Si, yo diré que habeis entrado clandestinamente en mi casa para seducir á mi hija; que me la habeis arrebatado, y que otra vez habeis penetrado en mi casa armado, de noche y por sorpresa con objeto de asesinarme. Vuestras dos cartas me servirán de prueba irrecusable. Vamos, caballero si quereis acompañarme á casa del juez de instrucción, dispuesto estoy á seguirlos... Titubeais tal

vez?... La nieve habrá detenido aun sin duda en el camino real vuestra silla de posta?

Carlos de Jonsac en su impetuosidad pueril y su horror por un crimen revelado tan providencialmente, habia seguido el primer impulso que le dictaba su generoso corazón sin examinar el lado escabroso de la situación personal en que se hallaba. De pronto, al oír los especiosos argumentos de su antagonista, conoció todo el partido que podrian sacar los abogados de sus cartas y de sus indiscretas demandas, y esta consideración dió al traste con su valor. Buscó sin embargo algo que contestar á las razones y á las artimañas de un adversario demasiado hábil, y en su turbación no halló ninguna respuesta plausible.

Honorato Karlavan se encumbró á la altura de su carácter, y paseándose á largos pasos por la sala profirió el siguiente monólogo.

— ¡Háse visto jamas semejante audacia! Hé aquí la juventud del día! Venir á meter cizaña en una familia patriarcal; arrebatar una joven inocente á un padre que la idolatra, robarle su único tesoro! Y despues invéntase una fábula absurda de no sé que dependiente de comercio, un cuento de viejas! No contento con robar la hija asesina al padre! Y para lograrlo violar la puerta del castillo con fractura como un salteador de caminos! Si, si caballero, quiero un proceso, lo pido y lo exijo; quiero volver á abrazar á mi querida Luisa, y perseguir á su infame raptor!... Desgraciado padre!

Y esto diciendo M. Karlavan prorrumpió en amargos sollozos que le anudaban la voz en la garganta.

El cándido joven, no pudiendo reprimir su emoción, en vista de aquellas lágrimas teatrales que jamás llegan á humedecer el pañuelo que las recibe, retrocedió hasta la puerta, penetró en el vestíbulo, y como conocia perfectamente el terreno que pisaba no tardó en hallarse en la gradería exterior y bajo los árboles de la alameda. El leon acababa de retirarse vencido por la astucia del zorro.

De regreso á su posada del *Sol de Oro*, quise el joven examinar su conducta y juzgarla con severidad para reparar al día siguiente sus faltas, si alguna habia cometido; mas era tal la confusión de



M. Karlavan me había insultado, he ido á provocarle. (Pág. 46, col. 1ª.)

su espíritu que no pudo hacer uso del discernimiento ni del raciocinio. En sus oídos resonaba sin cesar la chillona voz del castellano de las Tres Torres; el criminal subyugaba al inocente.

Un pesado insomnio acabó de agobiar al joven, y la noche se deslizaba para él con tanta lentitud que le parecía que jamás la seguiría un rayo de sol.

Por la madrugada oyóse en la posada un inusitado estrépito, y Carlos se estremeció en su cama á favor de un presentimiento magnético, como si le hubiese tocado en el corazón una invisible varilla de fuego. Sí, y sea dicho con perdon de los burlescos escépticos, es cierto que existen esos fluidos misteriosos que unen dos almas, y van incesantemente, apesar de la distancia, del corazón de la madre al del hijo.

—Mi madre, es mi madre! exclamó Carlos levantándose.

Y sin embargo ninguna voz de muger se había oído; no se había pronunciado nombre alguno.

Abrió la puerta y al momento se precipitó en sus brazos madama de Jonsac.

Tomó asiento la noble señora, y despues de la primera expansion de su recíproco cariño, dijo á Carlos:

—Jamás se engaña el corazón de una madre; el mío me decía que estabas aquí.

—Y á ella, la habeis dejado sola en París? preguntó el hijo en las rodillas de madama de Jonsac.

—No está sola, no, hijo mío, repuso la última haciendo un esfuerzo sobre sí misma para contener el llanto.

—Hablad, hablad, madre mia, dijo Carlos en tono suplicante.

—Demasiado tendré qué hablar, por desgracia!... Solo he venido para hablar y comunicarte noticias muy tristes... Valor, hijo mío, valor!...

—Habládme de Luisa: en donde se halla?

—Luisa se halla en manos de Dios... está en el convento del Sagrado Corazón.

—Aguardando el matrimonio?

—Aguardando la muerte.

Carlos miró á su madre con ojos estraviados; madama de Jonsac abrazó tiernamente á su hijo, diciendo:

—He pensado que serias bastante animoso para escuchar las primeras palabras de mi revelacion, que no hubiera debido comunicarte hasta el fin. Siempre se ha de empezar por lo mas triste... en fin Luisa ha hablado... Pero cuando me ha abierto su corazón acababa de recibir los documentos justificativos necesarios, que puso en su poder una correspondencia activa... Luisa no es hija de ese hombre.

Una exclamacion de alegría interrumpió la relacion de la buena señora.

—Oh! mi buen Carlos, replicó con doloroso acento, no te alegres demasiado... escucha hasta el fin... Luisa fué educada, hasta la edad de seis años, en la casa de espósitos de Ruan. Recogióla M. Karlavan, y ha seguido á este hombre en todos sus viajes... Nada es capaz de pintar el terror que se apodera de ella al solo nombre de Karlavan; palidece y tiembla cuando oye pronunciarlo... Qué mas te diré?... querido hijo... Luisa es una infeliz mártir, y su único lugar está en la sombra de un claustro, entre las que se llaman esposas de Dios.

Y madama de Jonsac echó á llorar amargamente al terminar su terrible revelacion.

Carlos dejó caer su cabeza en las rodillas de su madre y en vista de aquel violento dolor creyó esta que aquella noble cabeza no volvería ya á erguirse. Irguióse sí, pero centelleante de ira, como la del ángel exterminador, y lanzó una siniestra y amenazadora mirada al lado del castillo de los crímenes impunes.

—Hijo mío! dijo la madre adivinándole, la venganza pertenece á Dios.

—No, el crimen, sin duda, ha inventado estas palabras para burlar la justicia de los hombres.

—Tu blasfemas, hijo mío, exclamó madama de Jonsac.

Mas viendo que Carlos se preparaba á salir, levantóse y se interpuso entre su hijo y la puerta.

—Te prohibo que salgas, le dijo, y te ruego que estés conmigo.

Carlos midió con la vista la altura de las ventanas, como un loco furioso que medita una evasion y nada quiere escuchar.

La pobre madre, no pudiendo guardar á un

tiempo las dos salidas, mostró á su hijo su pañuelo mojado con sus lágrimas y dijo:

—Toma! mira si hay bastantes, si necesita mas la dureza de un hijo! Puesto que mis ojos quedan secos le daré mi sangre.

—Pero vos no sabeis, madre mia, exclamó Carlos, que va á escapárseme; Vos no sabeis nada!

—Lo que yo sé es que me haces morir! dijo la madre dejándose caer en un sillón.

Carlos la cubrió de besos y tomando una actitud tranquila le dijo:

Bondadosa madre mia, podeis creerme; tengo que cumplir una obligacion, sin que mi vida peligre en este asunto. Solo trato de quitar á ese miserable su máscara delante de su sociedad de campo; quiero terminar de una vez el triste drama que se representa en este castillo y desengañar á aquellas honradas gentes. A esto se reduce todo: nada de estrépito exterior, nada que ocasione un lance sensible. No quiero revelar al mundo las desgracias de Luisa; los crímenes quedarán en la oscuridad en que están sumidos... Tened confianza en mí, buena madre, jamás es temible la cobardía de un bandido. Permitidme que salga, y dentro de una hora estoy otra vez con vos, al menos satisfecho sino feliz.

La debilidad de la madre cedió de nuevo á aquellas palabras pronunciadas con tan aparente tranquilidad y conviccion: madama de Jonsac abrazó á su hijo, y dirigió al cielo una mirada de resignacion.

Carlos de Jonsac recobró su libertad de accion. Cuando se halló solo en el camino del castillo de las Tres Torres, olvidó á su madre en el tropel de sentimientos que se sucedian en su corazón, de los cuales era el mas corrosivo el recuerdo de lo pasado. Llevaba consigo un oficial de caballeria de la corta guarnicion de Saint-Amand, que halló al salir del lugar, y el cual se prestó gustoso á desempeñar el papel de testigo sin investigar los antecedentes del asunto.

Al llegar al extremo de la arboleda, Carlos de Jonsac rogó á su testigo que le aguardara y que no se dejase ver. El oficial llenó su pipa y se sentó en el césped contando con divertirse mucho en aquel encuentro de paisanos.

Cárlos subió la gradería con paso resuelto, atravesó el vestíbulo, y entró en el cuarto bajo, en donde se hallaban el recaudador y el juez de paz, íntimos concurrentes al castillo. M. Karlavan estaba hablando con ellos y parecía muy tranquilo, pues la victoria que había alcanzado la noche última le dejaba muy confiado acerca de los peligros que en lo sucesivo pudieran presentarse. Un delincuente no acusa á otro, decía para sí con mucha razón. No se hallaba menos tranquilo por lo relativo á las indiscreciones de Luisa: la joven estaba demasiado interesada en el silencio para que se atreviera á hablar.

Así piensan los mas astutos; pero la Providencia se burla de sus designios.

Cárlos de Jonsac saludó cortesmente y sin afectación á los dos notables, respondió sonriendo á sus preguntas, y llamando á parte á M. Karlavan, le dijo:

—Disimulad, caballero, tengo que haceros cierta comunicacion.

—Podéis hacerla, dijo el castellano.

—Pues bien, dijo Cárlos en voz baja y llevándole al alfeizar de una ventana; Luisa no es hija vuestra; la habeis sacado de los espósitos de Ruan; algo mas dirian las paredes de este castillo si hablaran. Además sois cómplice de Antonio, segun vos mismo me habeis confesado. Mis dos cartas que obran en vuestro poder ya ningun valor tienen; sois un ladrón consumado, un vil seductor y un infame asesino. ¿Os parece si estoy informado suficientemente?

—Bien, ¿y qué? dijo Karlavan cubierto de una palidez mortal.

—Dejadme que concluya, y veréis luego, repuso Cárlos. He traído conmigo un oficial de la guarnicion: me he constituido en caballero de la infeliz Luisa. Se le ha de dar una reparacion: elegid entre el duelo y el patibulo. Mientras vos vivais, yo no puedo vivir: el juicio de Dios decidirá de nuestra vida.

—Cuidado, joven, cuidado! Podemos arreglar el asunto amigablemente; sepultemos en el olvido todos nuestros secretos. ¿Queréis mediros con una persona á quien conocéis muy poco, y en ello os va la cabeza?

—Si rehusais un desafio á muerte, replicó Cárlos con una cólera mal contenida, os doy de bofetones delante de estos dos honrados caballeros, y descubro en alta voz la lista de todas vuestras fechorias.

—Vamos, vamos, dijo Karlavan: venid á morir.

Entonces, volviéndose á sus dos amigos, les dijo que le disimularan su salida, porque habia de arreglar con aquel caballero cierto asunto, pero que podian hacer una partida á los cientos mientras él estaba ausente, pues al momento volvería.

Cuando estuvieron en el vestíbulo, Cárlos de Jonsac dijo á Karlavan:

—Tomad vuestras armas, que yo ya tengo las mías. En el campo las examinaremos recíprocamente.

Así lo hicieron, en efecto, al llegar á un claro, alfombrado de menuda yerba, en medio de la arboleda. Martin, el criado del castillo, habia acompañado á su amo sin comprender nada absolutamente de lo que estaba viendo.

Karlavan se vió favorecido con la suerte del primer tiro; pero á Cárlos le protegió la Providencia: al segundo tiro cayó muerto el dueño del castillo de los impunes crímenes.

—Bravo, pansano! bien tocado! exclamó el oficial.

La bala le habia roto el cráneo.

Al ruido de los tiros corrieron hacia el lugar de la escena el recaudador y el juez de paz. Cárlos de Jonsac les dijo:

—M. Karlavan me habia insultado; he ido á provocarle, y se ha batido como bueno. ¿Quiéran Dios concederle su perdon?

—Y yo aseguro por mi honor que el lance ha pasado muy lealmente, añadió el oficial.

Esto sucedia antes de 1830, es decir, antes de la nueva legislacion acerca de los desafios.

Cárlos, acompañado de su testigo, se apresuró á abandonar aquel sitio habitado por la muerte, y no tardó en volver á donde estaba su madre, á la que tranquilizó con estas palabras:

—Te aseguro por mi honor que he procedido muy lealmente. Marchemos.

—¿A Paris? preguntó madama de Jonsac, gozosa al volver á abrazar á su hijo.

—No, á una ciudad donde sea posible hallar el olvido.

—El amor de tu madre te hará encontrar una poblacion como desear, dijo madama de Jonsac.

Y los caballos de la silla de posta se lanzaron á escape hacia el horizonte del mediodia con la rapidéz de una flecha.

FIN.

Diario de una Institutora en Rusia.

POR LA SEÑORITA MARIA NÉVILLE.

(Continuacion.)

Al volvernos he visto al nuevo emperador; parecia en extremo triste, y en sus mejillas se conocia aun la huella que habian dejado el dolor y las lágrimas. Los sentimientos y penas de la humanidad tienen en sí algo que nos conmueve mas particularmente en los grandes de este mundo; yo solo veia al hijo en el potentado y no dejaba de sentirme involuntariamente conmovida al ver el llanto de aquel soberano que echaba de menos á su padre.

Esta mañana al despertar oí un ruido singular, aun que casi imperceptible: era un confuso zumbido que se hacia oír entre las dobles vidrieras de la ventana. Héme acercado para ver lo que era y he visto dos mariposillas que iban á dar contra el marco, en busca del aire y del espacio. Mis dos pobres insectos vuelven á la vida: durante el invierno han verificado su metamorfosis. Yo os saludo, insectos alados que me anunciáis la vuelta de la primavera.

He bajado mas temprano de lo que acostumbraba y he hallado á Ivan al extremo de la escalera. No ha sido poca mi sorpresa al ver que el buen hombre se dirigia á mí con los brazos abiertos y que queria abrazarme; he retrocedido espantada dando un grito.

Prascovia me ha detenido soltando una estrepitosa carcajada.

—Dejadle hacer, querida María, es costumbre del día de Pascua; mirad, ha añadido, yo misma voy á daros el ejemplo.

Efectivamente al ver salir de su cuarto á su ama Ivan me habia dejado para correr hacia ella y abrazarla diciendo:

—Jesucristo ha resucitado.

—Por nosotros ha resucitado, contestó la joven dejando que la abrazase y que le diera un beso en cada mejilla. En este día consagrado á una de las mas solemnes festividades del cristianismo es general la moda de tales abrazos: por un momento desaparecen todas las distinciones sociales: todos los hombres practican la igualdad al recuerdo de aquel que la predicó acá en la tierra.

La pascua es una de las fiestas nacionales de este pais: es como si dijéramos el día de año nuevo de Rusia; envíanse regalos, y todos se desean recíprocamente toda clase de felicidades. Toda la ciudad está iluminada durante la noche del Sábado Santo al domingo. A las once de la mañana tres cañonazos advierten á los individuos de la alta aristocracia que pueden presentarse en palacio á ofrecer sus homenajes al emperador y á los miembros de la familia imperial. A las doce de la noche he oído otro cañonazo aislado, y al momento he visto entrar en mi cuarto á Prascovia, que yo creía acostada y durmiendo.

—Fedia y yo, me ha dicho, hemos tramado un sencillo complot, y es preciso, mi querida María, que nos ayudeis á realizarlo.

—Un complot, querida niña, he contestado ¿de qué se trata pues?

—De asistir á la misa de media noche en la catedral de Nuestra Señora de Kasan. Nos acompañarán á ella Ivan y Puchinka; el cañon ha anunciado que luego se iba á empezar la misa; vamos, no hay tiempo que perder.

—Pero ¿qué dirá vuestra madre mañana cuando sepa esta escapatoria?

—Nos la perdonará sin duda cuando le contaremos nuestra escursion. Poneos vuestra capa de pieles, y marchemos.

Así por la curiosidad que avivó en mí esta novedad, como para complacer á las dos niñas que parecian desear mucho esta ceremonia, me dejé convencer y nos pusimos en marcha.

Hacia un tiempo magnifico; la nieve que cayó por la tarde se habia endurecido merced á una ligera helada; los faroles presentaban rojizo el fondo blanco en que se destaca la ciudad. Las calles estaban cuajadas de gente cargada con provisiones de boca de toda clase, esto es, pan, jamones, huevos, manteca, volateria y lechoncitos. Estos comestibles deben servir para la comida de familia del día siguiente, y son llevados á la iglesia para bendecirlos; observé que Ivan llevaba debajo del brazo una enorme carpa helada.

No es posible dar una idea del estragante aspecto que en aquel momento ofrecia la catedral. Cualquiera se habria creído, en medio de un mercado iluminado por millares de cirios. Aquella enorme cantidad de comestibles que llenaban las capillas, y el sin número de brazos que se extendieron hacia el altar mayor en el momento de la bendicion levantando en lo alto piernas de carnero, pollos y pescado, presentaba el golpe de vista mas singular. Tres cañonazos dieron la señal de retirarse, y todo el mundo se volvió á su casa con sus provisiones benditas pensando en los goces gastronómicos del día siguiente.

Los regocijos públicos suelen durar cuatro días, durante los cuales ni aun á precio de oro nadie seria capaz de hacer trabajar al último de los mutes. El pueblo pulula incesantemente por las calles bailando y cantando, con la cabeza entusiasmada por las copiosas libaciones de *vorka* (aguardiente del pais). En la Santa Rusia, la resurreccion del Señor se celebra con la copa en la mano.

Este año el día de Pascua ha sido en abril. Ocho días despues de aquella fiesta estábamos reunidos en el comedor para la cena cuando me estremeci al oír un cañonazo disparado en aquel momento.

—Es el deshielo del Newa, exclamó Puchinka, ya ha concluido el invierno.

Los habitantes de la capital aguardan con ansiedad cada año aquel cañonazo que les previene las precauciones que deben tomar contra la fractura de los hielos, la cual ocasiona á menudo grandes calamidades. Durante ocho días consecutivos San Petersburgo está cubierta de agua; los muelles están completamente inundados, y si no son favorables las condiciones atmosféricas suceden muchas desgracias. Por fortuna este año el deshielo no ha ido acompañado de esta clase de accidentes y se ha verificado con mucha felicidad. Dentro de algunos días tendrá lugar el paso de los hielos del lago Ladoga, y luego estarán espeditos así el rio como el mar.

Este paso se ha efectuado ya, hace dos semanas; en el transcurso de este tiempo he estado enferma. Para celebrar mi convalecencia y hacerme respirar un aire puro, madama Napukine ha querido hacer una escursion á Cronstadt. Subimos al vapor que hace esta travesía un domingo que hacia un tiempo magnifico; el puente estaba cubierto de paseantes, y una música militar tocaba en él piezas escogidas. Nuestro buque pasó por medio de los navios rusos anclados en la rada y fué costeando los fuertes graníticos cuyos cañones de bronce reflejaban los rayos del sol. A favor de un anteojo, que me prestó con suma complacencia un pasajero, pude ver distintamente el pabellon tricolor que se desplegaba en los buques de una escuadrilla compuesta de unas doce velas. La vista de aquellos colores me ha hecho llorar, pues me ha recordado mi

pais, mi tío, el cura y mi primo, cuya partida para Crimea me anunciaban en las últimas cartas que he recibido de Francia, y cuya sangre se derrama tal vez á esa hora bajo esta bandera que acaba de desaparecer en el horizonte.

Al pasar junto al navio almirante nuestra música se puso á tocar el himno nacional ruso; los marineros de la marina imperial contestaron con una salva de hurras. En aquel mismo momento he saludado la bandera tricolor. Al regresar á San Petersburgo hemos hallado á Ivan en suma consternación: durante nuestra ausencia se presentó en casa un agente de policía.

—Advierte á tus amos que no se asusten, le dije, si esta noche oyen disparar cañonazos.

Igual aviso habian pasado á todos los *swornicks* (porteros) del barrio otros agentes de policía. Esto nos hizo creer que Cronstadt iba á ser atacado. En toda la noche no pudimos cerrar los ojos; al mas mínimo rumor aplicábamos el oído creyendo que se empezaba el cañoneo. Aquella advertencia habia alarmado á toda la población. Sin embargo hoy ya empiezan á tranquilizarse, y la ciudad ha recobrado su aspecto habitual.

V.

Esta mañana he despertado á los dulces y melancólicos sonidos de un caramillo. Un campesino iba recorriendo la aldea y tocaba una melodía que yo hubiera deseado poder anotar; tan hermosa me pareció en su caprichosa sencillez. Al son de aquel rústico instrumento salían de cada establo una ó mas vacas que se dirigían lentamente hacia los pastos agitando una pesada campanilla cuadrada que llevaban colgando del cuello.

Aquella gaita da cada mañana la señal de despertarse á los aldeanos que duermen aun. Yo he procurado acordarme de la música que iba tocando, y á menudo la he repetido en los ocho días que hemos pasado en Tjora en casa de madama Theodoroff. A principios de junio madama Napukine recibió de esta señora una carta en que le comunicaba la muerte de su hijo único, teniente de artillería muerto en Sebastopol en una salida de la guarnición. Madama Napukine quiso prodigar sus consuelos á esta madre afligida que vive á cinco leguas de San Petersburgo, y desde ayer estamos instaladas en su casa. La pobre señora ha sido muy desgraciada; habia envidiado hace dos años, no tenia familia y solo le quedaba por todo consuelo el hijo que acaba de perder. Bien quiere aparentar tranquilidad y dominar su dolor, pero esto aun oprime mas el corazón.

Aquí estamos en una Suiza en miniatura; nada falta para completar la ilusión: montañas, bosques, valles y lagos, todo está aquí. Las pintorescas chozas de aquel pais están representadas por cabañas de madera ennegrecidas por el humo; el año pasado al ir á Finlandia no hice mas que entrever este delicioso espectáculo. Nada se vé que recuerde la árida y monótona campiña de las inmediaciones de San Petersburgo.

Una menuda lluvia de primavera ha humedecido el polvo, y hemos decidido aprovechar esta feliz circunstancia para visitar el parque del conde Schuwaloff, uno de los mas ricos propietarios de estas cercanías. Montamos en un carricoche tirado por dos caballos fineses que están muy acostumbrados á correr por los quebrados caminos del pais, y partimos á escape, sin detenernos ni un momento hasta llegar á una alquería que pertenece á madama Theodoroff. Allí nos han servido para almorzar huevos y leche ordeñada á nuestra vista, y hemos quedado convidadas á comer en casa de un noble lugareño que es uno de los vecinos de nuestra huéspeda.

Cuando estábamos á lo mejor del desayuno han entrado en el comedor dando voces cinco ó seis muchachos rubios y rollizos, que eran los hijos de la granjera. Todos se agrupaban en torno del mayor, que llevaba en la mano una botella llena de agua en la cual se agitaba con increíble rapidez un animalito negro, de unas seis pulgadas de largo y delgado como un cabello.

—Una crin de caballo! exclamaban los chiquillos, una crin de caballo!

—¿En donde habeis cogido esto? les dice su madre quitando al mayor la botella.

—En el *Tchorne Beehka* (rio Negro), contestó aquel, como que ya se me habia enroscado en el pie.

—Pues á fé que yo os habia prohibido que os acercaseis á aquel agua, gran bribon; no os acordais ya de que Demetrio el pequeño murió el año pasado por bañarse en el rio Negro? Uno de estos horribles animales se introdujo en su piel, sus miembros se hincharon, y á las veinte y cuatro horas ya estaba en el ataud. ¿Queréis acaso que os suceda otro tanto?

Los muchachos habian dejado en el suelo la botella, y se alejaron de ella con espanto. La crin de caballo se entregaba con mas ardor á sus contorsiones, cuya rapidez iba creciendo, hasta que la prudente madre de familia, cojiendo sus tijeras vació el contenido de la botella, cogió al animalucho y lo cortó cual si hubiera sido una crin como parecia.

Segun nos dijo despues madama Theodoroff, este insecto ó reptil es muy temido por los paisanos, y el niño Demetrio no era la única persona en el pais, que hubiese muerto de resultas de su picadura.

En las familias ricas de San Petersburgo se hace la cocina á la francesa, ó cuando menos se guisa con muy poca diferencia. Aquí ha sido donde he trabado conocimiento por primera vez con la verdadera cocina rusa. Han llamado mi atención algunos pormenores de la comida que hemos tenido en casa del noble lugareño amigo de madama Theodoroff.

Hemos empezado por colocarnos de pié en torno de una mesa en que habia manteca, queso y una especie de anisete llamado *hummel*. Esta colación previa, que es preciso probar so pena de grosería, se llama *la chale*. Terminada esta, nos han hecho pasar á otra sala donde nos aguardaba la *badvinia*, sopa fria hecha con legumbres de toda clase riciadas de *kvass*, bebida fermentada que se saca del trigo. Por esta vez ya nos sentamos á la mesa. Sirviéronnos despues un potaje de hierbas, seguido de un plato de leche cuajada con azúcar, y sucesivamente—alubias verdes sazonadas con manteca, — un pollo recargado de cierto picadillo de que no pude hacerme cargo, — algunos *agurteis*, especie de cohombro por el cual está apasionado aquí todo el mundo, — una enorme fuente de canchales, — y fresas.

Una taza de excelente café terminó esta comida que no hice mas que probar, con no poco descontento de nuestro huésped, el cual se permitió con este motivo algunas burlas respecto de las francesas, que en público siempre aparentan comer muy poco y saben desquitarse muy bien secretamente de esta privación que creen de buen tono.

Luego de haber comido salimos para visitar el parque Schuwaloff. Salida apenas de la convalecencia, yo no podia sobrellevar una marcha larga, y así pedí por sentarme mientras que los demás de la sociedad iban á dar la vuelta á un lago, cuyas flores se veían brillar á través de los árboles. También quiso quedarse conmigo madama Napukine, que se sentia algo cansada; nos sentamos en el elástico tapiz que forman las hojas de pino al caer en el suelo. Entre los árboles soplabá una brisa suave; dos ardillas estaban comiendo fraternalmente una piña en la rama de un árbol á que habian trepado y en el cual se columpiaban suavemente. Largo rato estuvimos ambas contemplando el paisaje sileneiosas y pensativas. Madama de Napukine finó la que rompió el silencio.

—Cuán hermoso es un día en los bosques! y cuánto compadezco á los desgraciados que no pueden gozar de este espectáculo!

—Sí, pero muchos, contesté yo, se privan de él voluntariamente.

—Cual debe ser el júbilo de un prisionero al respirar el aire libre, al ver el azulado firmamento y al oír el ruido del follaje! Oh mi infeliz Tadeo!

Al oír este nombre que acababa de pronunciar, miré con sorpresa á madama Napukine.

—Este nombre os sorprende en mi boca? repuso; es el de mi marido. Cuanto tiempo hace que no habia salido de mis labios! desde el día de nuestra separación no habia vuelto á pronunciarlo! Ahora hasta involuntariamente lo pronuncio, señal de que pronto he de volverle á ver.

Creí que aludía á su enfermedad y que hablaba de reunirse con su marido en el cielo.

—Ahora os sentís mejor, le dije, cada día vais cobrando nuevas fuerzas y estais fuera de peligro.

—Sí, la idea del próximo regreso de Tadeo me ha dado fuerza.

—Entonces no ha muerto M. Napukine?

—Ha muerto para todo el mundo, escepto para mí, repuso madama Napukine.

—En donde está pues?

—Lo ignoro.

Esta conversacion fué seguida de un rato de silencio; yo no me atrevia á llevar mas lejos mi interrogatorio, y sin embargo conocia que el corazón de madama Napukine tenia necesidad de desahogarse.

—María, me dijo, bien conozco que mi lenguaje debe pareceros ininteligible; tal vez me creais loca. Oh! loca hubiera podido quedar, pero el cielo, que ha tenido compasión de mis hijas, ha querido conservar la razón á su madre. Ha llegado el momento de confiarles un gran secreto. María, añadió con ternura, vos sois ya de la familia, y quiero que asistais á esta confidencia. Entonces comprendereis el sentido de las palabras que acaban de escaparme. Dentro de algunos días lo sabreis todo.

En aquel momento llegaron madama Theodoroff, el noble y mis dos discípulas, y nos dirigimos juntos hacia una casa rusa, para asistir á una ceremonia que figuraba en nuestro programa. Tratábase de un bautizo, que debia tener lugar en casa de unos ricos vecinos de la aldea.

Entramos en un cuarto contiguo al de la parida; en él se veían dos mesas, cubierta la primera con imágenes de santos y la segunda con una doble hilera de cirios á cada lado de una palangana de plata llena de agua. El aparato de esta última constituía las fuentes bautismales.

Vestido con sus mas ricos vestidos, y con la cara sonrosada, el sacerdote bendijo el agua lustral y con una boca pegajosa y vacilante murmuró una oración bastante corta, despues de la cual tomó al niño, y le desnudó. Mientras estaba verificando esta operacion, la madrina lanzó un grito: el sacerdote iba á dejar caer al niño; detúvolo á tiempo la madrina.

—Viejo odre relleno, murmuró esta al pasar frente al cura, tan de mañana estás ebrio ya?

El sacerdote, cual sino hubiese oído nada, tomó otra vez al niño y lo sumergió en la palangana de manera que hasta la cabeza desaparecia bajo el agua. Esta immersion debe efectuarse dos veces.

Todos temblábamos por la infeliz criatura que podia quedar asfixiada por el menor movimiento en falso que hubiera hecho el embriagado sacerdote. Por fortuna se le estaba vigilando atentamente. La madrina nos contó que ella habia perdido un niño de este modo. El sacerdote le habia dejado sumergir hasta el fondo de la palangana, y aquel ser endeble se habia ahogado antes de que le sacasen del agua.

—¿Qué dijo el sacerdote? le pregunté.

—« Dios se ha servido llamar á él á este niño, cúmplase su voluntad. »

—¿Y vos?

—Yo repetí como el sacerdote: « Cúmplase su voluntad. »

El agua que se ha empleado para la ceremonia era fria, y aunque esto ningun inconveniente trae en la estacion en que nos hallamos, calcílese lo que será el uso del agua fria en medio del invierno, cuando el termómetro está á treinta grados. La iglesia rusa permite, por tolerancia, el uso de agua tibia para el bautismo; pero los devotos, cuyo número es grande en Rusia, jamás se valen de esta licencia.

Acabábamos de asistir al poco edificante espec-



La feria de los matrimonios. (Pág. 48, col. 3ª.)

táculo de la entrada de un ruso en la vida cuando la casualidad, que se complace en los contrastes, nos hizo ver de que manera salen de ella. Al salir de aquella casa nos hallamos delante de un entierro.

El difunto debía ser muy rico á juzgar por el número de sacerdotes, sochantres, cruciferarios y gonfaloneros que formaban el cortejo. No dejó de parecerme sumamente extraño ver el ataúd pintado de un rojo subido.

Una vez introducido en la iglesia despojaron el cadáver de su sudario, y quedó espuesto á las miradas de los asistentes durante todo el tiempo del oficio de difuntos.

Concluida la misa, el sacerdote se acercó al cadáver, abrió sus dedos rígidos ya, y le puso un rollo de papel en la diestra y dos *coppecks* nuevos en la mano izquierda.

— Qué rollo es ese de papel? pregunté á mi vecino el noble ruso:

— Un certificado del sacerdote, en que consta que el difunto reúne todos los requisitos necesarios para entrar en el paraíso.

— Y los dos *coppecks*, que significan?

— Sirven para pagar el paso del río que separa la tierra del cielo.

— Es decir, que aun sois paganos en Rusia?

— Algo de eso hay, me contestó riendo.

30 de junio. — Aquí transcribo una aventura cuya heroína fui yo misma. Como este diario jamás debe salir á luz, nadie podrá tacharme de amor propio.

Hacia ya como una semana que habíamos vuelto á San Petersburgo. A mis frecuentes escursiones al campo reemplazaban ahora continuos paseos por el jardín de verano. Casi siempre íbamos allí toda la familia; pero á veces también iba yo sola, y hé aquí lo que me sucedió el lunes último.

Jamás había visto yo tanta jente en las calles y paseos del jardín; veíanse sobre todo las mugeres en gran número, las jóvenes vestidas á la francesa bien ó mal, las viejas ostentaban las antiguas modas del país. Hubiérase dicho que aquel día todas las madres de San Petersburgo se habían concertado para conducir á sus hijas al jardín de verano. En este jardín se alquilan sillas, lo mismo que en

el de las Tullerías ó en los Campos Eliseos; sentéme, pues, junto á un bosquecillo, desde donde podía examinar con toda comodidad aquella extraña mezcla que formaban los trajes de Oriente y los de Occidente. Hacíase notar entre los vestidos de los hombres la misma diferencia; allí se veían leones parisienses, y dandis moscovitas, de los cuales los unos representaban una figura del *Psyche* traducido en ruso, los otros llevaban un ancho pantalón, gruesa bota, túnica ajustada al talle y el sombrero chato con alas remangadas, adornado con una cinta de terciopelo que apretaba una hebilla de acero. Los jóvenes formaban grupos, se detenían en frente de las mujeres, las miraban, pasaban, volvían á pasar, las miraban otra vez y hablaban luego entre ellos con mucha animación. Esta curiosidad traspasaba á mi ver, todos los límites permitidos, y sin embargo nadie se escandalizaba por ello. Mientras iba pensando eso, yo misma era objeto de un examen semejante: una docena de jóvenes, con grande confusión mia, formaron un círculo á mi alrededor y me estaban contemplando con la mayor atención. Díjome vergüenza el hallarme sola en tal sitio pero armándome de valor me levanté, atravesé por medio de ellos, dirigíme á la verja del jardín, y después de haberla pasado miré detrás de mí y vi que me seguían. Por fortuna hallé al paso un coche de alquiler; subí á él con presteza dando las señas al cochero.

Al día siguiente Ivan introdujo en el salón en que nos reunimos todas á un caballero de cierta edad, el cual saludó á madama Napukine y le preguntó cual de nosotras era la señorita que debía casarse. Madama Napukine mandó poner á la puerta al desconocido con toda la urbanidad posible en tales casos. Al cabo de un momento presentóse una señora vestida á la rusa é hizo la misma pregunta. Puedo decir que durante todo el día fué una procesión de personas que venían á preguntar por la señorita que estaba por casar. No acertábamos á adivinar de donde podían venir aquellas extrañas demandas matrimoniales, cuando Prascovia exclamó dirigiéndose á mí:

— Habriais ido tal vez ayer al jardín de verano?

— Y por cierto que no pude estar allí.

Todas se echaron á reír entonces; la misma Puchinka tomó parte en aquella risa.

— Ahora todo se explica, repuso Prascovia, vos misma sois la señorita por casar.

— Yo!

— Sí, vos, mi querida María.

— Como lo sabeis?

— No fuisteis ayer al jardín de verano?

— Como lo he hecho muchas otras veces, sin que por esto hayan venido á pedirme en matrimonio.

— Sí, pero las otras veces no eran el lunes de Pentecostés, día de la feria de los matrimonios, dijo madama Napukine. Muchas señoritas de San Petersburgo que quieren casarse se dirigen al jardín de verano el lunes de Pentecostés, los jóvenes acuden también allí por su parte, impulsados por el mismo deseo, examinan las caras y las aposturas y si alguna joven tiene la dicha de agradarles, la siguen y el día siguiente la hacen pedir por sus padres. De seguro que no os faltarán novios, querida hija, y solo depende de vos, como veis, el estableceros en Rusia.

Todas me dirigieron con este motivo sus chanzonetas, á cual mas y mejor, y Prascovia en muchos dias solo me llamó la señorita por casar.

Solo de mí ha dependido, como decia madama Napukine, el fijarme en Rusia. Hubiera podido ser la esposa de algun individuo de una de las catorce clases de nobleza, y me hubieran llamado *vache visokoprevoskodikitsvo*, vuestra alta excelencia, ó *vache-prevoskodikitsvo*, vuestra excelencia, ó *vache-visokorodié*, vuestro alto origen, ó *vache-viskoblakorodié* vuestra alta nobleza, ó en fin *vache-blakorodié*, vuestra nobleza, segun que me hubiese casado con miembro de la primera á la tercera clase del *tschin*, ó de la tercera á la quinta, de la sexta á la octava, ó simplemente de la octava á la décima cuarta clase.

(Se continuará en la siguiente entrega.)

LIBRERIA DE J. VERDAGUER, RAMBLA, nº 5.

Imprenta de J. Oliveres y M.